

Algunos problemas teóricos basados en el objetivismo y la teoría de la decadencia

(notas sobre *Perspective Internationaliste*, n° 29, invierno de 1995-1996)

Théorie Communiste n° 15, febrero de 1999, pp. 118-131

La crítica de la teoría de la decadencia comporta un problema fundamental que es el verdadero punto de partida de esta crítica: *si efectivamente hay «decadencia», entonces la revolución programática* (afirmación del proletariado, transformación de éste en clase dominante, período de transición) es LA revolución; no hay por qué historizar las tablas de la ley programática.

La siguiente hipótesis es uno de los fundamentos de la teoría de la decadencia: «Si el desarrollo de las fuerzas productivas ha sido una ley fundamental de todas las sociedades humanas históricas hasta la fecha, es porque la humanidad no disponía de los medios para asegurar la plena satisfacción de todas las necesidades humanas.» (p. 11) Históricamente, sólo el capital ha tenido este objetivo, por lo que la satisfacción plena de las «necesidades humanas» no significa nada y menos aún como definición del comunismo (p. 6). La división de la sociedad en clases resultaría del hecho de que su supresión debe ser producida históricamente. Toda esta problemática, que gira en torno a *la búsqueda de una causa, de un origen de la división de la sociedad en clases*, deriva de la *creencia* en que el comunismo es el estado normal de la humanidad. Se trata de una auténtica teleología.

Si se considera que es imposible comprender el desarrollo de las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista desde un punto de vista exclusivamente cuantitativo, considerar el comunismo como la expansión plena de las fuerzas productivas resulta un tanto estrambótico. «La maquinaria, sin embargo, no sólo opera como competidor poderoso, irresistible, siempre dispuesto a convertir al asalariado en obrero “superfluo”. El capital proclama y maneja, abierta y tendencialmente, a la maquinaria como potencia hostil al obrero. La misma se convierte en el arma más poderosa para reprimir las periódicas revueltas obreras, las *strikes* [huelgas], etc., dirigidas contra la autocracia del capital. (...). Se podría escribir una historia entera de los inventos que surgieron, desde 1830, como medios bélicos del capital contra los amotinamientos obreros.» (Marx, *El Capital*, Siglo XXI, Tomo I, vol. 2, p. 530). En el interior del proceso de producción, el desarrollo tecnológico es un proceso cualitativo en lo que a las clases respecta.

Para el capital, la decadencia sería su incapacidad para continuar con su «misión» progresista de desarrollo de las fuerzas productivas. «El desarrollo de las fuerzas productivas es un factor de progreso en la medida en que aproxima a la humanidad al momento en que ese desarrollo dejará de ser una necesidad ciega.» (p. 12). No es el desarrollo de las fuerzas productivas el que nos aproxima a ese momento, sino la historia de la contradicción que produce ese movimiento. Toda esa mitología de las fuerzas productivas es un auténtico fetichismo basado en postulados como «la

satisfacción de las necesidades humanas» o «el momento en que este desarrollo dejará de ser una necesidad ciega». El postulado fundamental, que también se encuentra en Marx, es el de una tendencia intrínseca al desarrollo de las fuerzas productivas, una especie de fatalidad pre-social, de orden antropológico. A partir de ahí, y llegando a menudo hasta lo grotesco, se crea toda una historia teleológica de un proceso que tiende hacia su fin a través de la fatalidad misma que preside su curso y cuyo origen reside en una definición de la naturaleza humana o en una esencia del trabajo. Cabe señalar que, por su parte, el «comunismo» ya no desarrollaría las fuerzas productivas, sino que permitiría su «expansión plena». Así pues, todos los modos de producción, incluido el comunismo —que, por tanto, sería uno de ellos— estarían unidos entre sí por el hilo conductor del desarrollo de las fuerzas productivas. De esta forma, a pesar de la abolición de las relaciones sociales capitalistas, el «comunismo» puede ser vinculado, en una primera fase, por la forma en que se ve llevado a tratar a las fuerzas productivas y su desarrollo, al período histórico anterior. Esa es la base del período de transición.

Que el comunismo tenga que resolver en un primer tiempo los problemas que le lega el capitalismo (desigualdades de desarrollo, transformación cualitativa de los instrumentos de producción, eliminación de instalaciones peligrosas, desconcentración de la población, supresión de las formas materiales —inscritas en el espacio— de la oposición entre la ciudad y el campo, «rehabilitación» de antiguos espacios agrícolas o «naturales») no crea, pese a ello, un período de transición, es decir, un período en el que no funcionase de acuerdo con lo que es, en función de su propia naturaleza, hasta que alcanzara un nivel de desarrollo que, en definitiva, es absolutamente imposible de fijar: el de la satisfacción de las necesidades humanas (¿el nivel de consumo de las clases medias occidentales ?!).

Por volver al desarrollo de las fuerzas productivas, PI («Perspective Internationaliste») intenta distinguirse de la posición de la CCI¹, que en definitiva adopta en lo esencial, sin modificar más que el proceso gradual de descomposición social, del que resultarían, para la CCI, una serie de «catástrofes sociales».

Para la CCI (según PI), la decadencia es una ralentización definitiva del ritmo de crecimiento de las fuerzas productivas, lo cual no impide que el crecimiento prosiga. La cuestión, entonces, es saber qué significa ralentización, con respecto a qué criterio (¿Los «Treinta Gloriosos»? ¿El período de la gran depresión de finales del siglo XIX que precedió a la entrada en «decadencia»? ¿Las tendencias seculares? ¿Toda la historia del modo de producción?). Volviendo a la CCI, el texto de PI considera como bastante modesta una cifra de crecimiento del 8,72% (poco importa la forma en que se haya obtenido esa cifra). La referencia de lo posible es... la tasa de crecimiento de Estados Unidos entre 1939 y 1945: 16,6% por año (admitamos esa cifra). Semejante cifra daría una idea del derroche de fuerzas productivas efectuado por el capital. Dejemos de lado la crítica del período escogido por gente que, siguiendo a Trotsky, considera que existe decadencia, entre otras razones, porque las fuerzas productivas se convierten en fuerzas destructivas, por lo que la elección del período de referencia no deja de tener su gracia. Lo más importante es esta «estrambótica» idea de una posible norma del crecimiento de

1 Corriente Comunista Internacional. [N. del t.]

las fuerzas productivas desvinculada del modo de producción. El desarrollo de las fuerzas productivas es el desarrollo de las fuerzas productivas como capital. La teoría de la decadencia opone al capitalismo real un capitalismo irénico (el período 1939-1945 está bien elegido desde el punto de vista etimológico) para condenar la ineficacia del capitalismo real. Pero en tal caso con lo que se sueña es con un capitalismo irénico, sin descenso de la tasa de ganancia, sin crisis, sin guerras, y que sólo podría realizarse durante el período de transición: la expansión plena de las fuerzas productivas.

La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción no es más que la forma bajo la que aparece la contradicción interna de la valorización del capital (una contradicción en proceso), que se da tanto en el desarrollo de las fuerzas productivas como en las relaciones de producción. *Las fuerzas productivas son la forma material de las relaciones de producción; son, en tanto trabajo social separado del trabajo individual, ese poder contradictorio que puede comportar el estallido del modo de producción capitalista.* En cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas, no se trata de un proceso transhistórico inscrito en una dinámica que recorre los modos de producción y los haría desaparecer uno tras otro, y que remite a una definición de la humanidad del ser humano en su relación con la naturaleza. En el texto « L'abeille y le communiste » (« Collectif des prisonniers communistes des Brigades Rouges », publicado por la revista « Correspondances internationales » nº 1 y 2, 1983) esta concepción del desarrollo de las fuerzas productivas como necesidad y «progreso» ahistóricos es criticada de forma radical: «Según esta teoría las fuerzas productivas gozarían de un estatus particular de neutralidad con respecto a las relaciones sociales. Estas últimas se desarrollarían de forma autónoma, según una ley “neutra”, por así decirlo, y su movimiento desarrollaría de forma causal las relaciones de producción. Aquí resulta más que transparente la posición gradualista, evolucionista y mecanicista de la “transición al socialismo” de acuerdo con el esquema: el modo de producción capitalista desarrolla las fuerzas productivas; en un cierto nivel de su producción, las fuerzas productivas determinan las nuevas relaciones de producción. Lo que equivale a decir: desarrollemos las fuerzas productivas capitalistas y llegaremos al comunismo. Se trata de un esquema clásico que tiene sus raíces tanto en la Segunda como en la Tercera Internacional y que se basa en la falsa convicción de que el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas es una medida del “progreso social”. Pero en el modo de producción capitalista “progreso técnico” y “progreso social” no son del todo equivalentes, como se querría hacer creer. ¡A partir del momento que el llamado “progreso técnico” es simplemente “progreso de las técnicas capitalistas”, cualquier fetichismo de la técnica está fuera de lugar! Éste se manifiesta, en efecto, como aumento de la productividad y de la intensificación del trabajo en lo que se refiere a la clase obrera y, como incremento del tiempo de plustrabajo (es decir, tiempo apropiado gratuitamente por el capitalista) en lo que se refiere al capital. El progreso de las técnicas capitalistas de producción no tiene, pues, el mismo significado para la clase obrera y para sus explotadores, de la misma forma que ambos discrepan en torno al significado del progreso social. La clase obrera no puede asumir el punto de vista burgués sino a condición de negarse a sí misma como negación viviente del capital y absolutizar su función de fuerza productiva capitalista.» (*op. cit.*, pp. 31-32).

En los *Grundrisse*, con el concepto de capital como contradicción en proceso, Marx aporta lo esencial de la crítica de la concepción objetivista de esta contradicción: «El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del trabajo excedente.» (Siglo XXI, vol. 2, p. 229). Cosa que Jean Barrot, en «Leninismo y ultraizquierda: contribución a la crítica de la ideología de la ultraizquierda», comenta así: «La famosa contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción no puede comprenderse más que si se ven con claridad las oposiciones siguientes y los lazos estrechos que las unen:

a) contradicción entre el rol del tiempo de trabajo medio como regulador de las fuerzas productivas “en vías de desarrollo”, y su crecimiento que tiende a destruir la razón de ser de esta función.

b) contradicción entre la necesidad de desarrollar al máximo el trabajo suplementario del obrero a fin de producir lo más posible, y el mismo crecimiento del trabajo suplementario que hace posible su supresión.

La relación contradictoria relaciones de producción/fuerzas productivas sólo puede comprenderse como un *concepto a construir*, como síntesis de varias cuestiones a diferentes niveles (problema del crédito, de la renta, etc. *cfr. El Capital*, Libro III): la contradicción del tiempo de trabajo y la dinámica de esta contradicción son una de las manifestaciones de la oposición entre el crecimiento de las capacidades productivas y las relaciones sociales en la sociedad capitalista.» Quizás fuera más exacto decir que la oposición entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción es una expresión de la contradicción del tiempo de trabajo y de la dinámica de esa contradicción. En efecto, la principal «fuerza productiva» es la propia clase obrera (cualesquiera que sean las transformaciones del proceso de producción inducidas por la transición a la subsunción real del trabajo bajo el capital: es siempre el trabajo vivo el que devuelve a la vida al trabajo muerto). Sólo es esta fuerza productiva precisamente en la medida en que su actividad es constantemente necesaria y siempre está de más, en la medida en que su propia actividad es «la contradicción del tiempo de trabajo». ¿Cuál es, en definitiva, el contenido de esa famosa contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino la capacidad del trabajo de valorizar el capital y la puesta en entredicho de esa capacidad que conlleva su propia puesta en práctica? Por eso, cuando Marx describe a la clase obrera como la principal fuerza productiva, la califica como clase revolucionaria. La «principal fuerza productiva» sólo «hace estallar» unas relaciones de producción demasiado estrechas aboliéndose a sí misma. A partir de ahí, habría que profundizar y desarrollar la idea barrotiana de esa contradicción no tanto como un concepto sino como un concepto a construir en relación con la reproducción del capital en conjunto.

Admitir la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción en la forma en que la entiende la teoría de la decadencia (de formas de desarrollo, las

relaciones de producción mutan en sofocantes trabas); supone dejar de lado: a) el aspecto cualitativo de las fuerzas productivas (*El Capital*, Tomo I, vol. 2, p. 530); b) que las propias relaciones de producción espolean el crecimiento de las fuerzas productivas. De ello resulta que la contradicción se convierte en una contradicción interna de las relaciones de producción, cuyo contenido, forma y desarrollo es la explotación (y de manera inmediata, la lucha entre las clases, que no es una consecuencia de la fatalidad objetiva de la contradicción).

PI pretende distinguirse de la CCI², pero permanece sobre una base objetivista al no hacer más que agregar a la ralentización del crecimiento las catástrofes sociales que no puede dejar de provocar. PI insiste en el hecho de que la ralentización del crecimiento de las fuerzas productivas no consiste en una simple ralentización cuantitativa que condene al capitalismo, sino en contradicciones sociales. PI no va lo bastante lejos por este camino y no critica la noción misma de «fuerzas productivas». «Es esta colisión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, esta explosión de las contradicciones internas de la sociedad, la que caracteriza la fase de decadencia de una sociedad.» (p. 14)

¿Acaso eso no caracteriza más bien a cualquier crisis, incluidas las crisis cíclicas del siglo XIX (tras haber concebido esa contradicción, por supuesto, de manera no-objetivista)? El gran problema al que de todas formas se enfrenta esta teoría, es el de demostrar que esa contradicción siempre estuvo ahí, pues de lo contrario no tendríamos crisis más que ahora, y que, no obstante, el capital se desarrollaba, cuando de entrada, como lo atestiguan las crisis, planteaba esta contradicción. Pero ahí lo que tendríamos, finalmente, no sería más que una incoherencia interna, que no convertiría al «error» en otra cosa que un error, y no en una concepción y una práctica de la lucha de clase. Este error no es más que una determinación teórica de la concepción y de la práctica de la lucha de clase en el marco histórico del programatismo: contradicciones económicas de un lado, lucha de clases del otro. Esta visión del desarrollo del capital depende de lo que en el marco histórico del programatismo, en el marco teórico del objetivismo en general y en el de la teoría de la decadencia en particular (y que constituye a la vez tanto su tema favorito como su «agujero negro») fue un problema real para la lucha de clases: vincular estas contradicciones económicas a la lucha de clases y a la capacidad del proletariado para producir el comunismo. Este último queda reducido al libre desarrollo de las fuerzas productivas y a la satisfacción de las necesidades; la necesidad de este crecimiento, por su parte, permanece en un registro metateórico o más bien preteórico (antropológico). Si la teoría de la decadencia y el objetivismo en general hacen aguas por todas partes, no se debe a una refutación de la propia visión económica, sino al desmoronamiento práctico de todos los vínculos introducidos entre estos tres términos: «situación económica», contradicción entre proletariado y capital, y práctica del proletariado.

Sin embargo, PI nos cuenta el porqué de este crecimiento de las fuerzas productivas. PI convierte al comunismo en la verdad del capitalismo: el comunismo puede lograr aquello que el capitalismo no es capaz de realizar: el libre desarrollo de las fuerzas

2 Corriente Comunista Internacional [N. del t].

productivas. «La capacidad del hombre para emanciparse del reino de la necesidad se basa precisamente en su capacidad de asegurar una producción material suficiente para realizar la abundancia para todos» (p. 14). ¿Cuál es el criterio de la producción material suficiente para todos? La abundancia para todos, pero entonces, ¿cuál es el criterio cuantitativo de la abundancia, ya que es de este criterio del que se trata? Es evidente que no existe, y que, considerado así, no existirá jamás, a no ser que fijemos como criterio la posibilidad de que cada cual viva como el puñado de nababs más ricos de la clase capitalista, pero ¿este nivel y este tipo de consumo podrían ser considerados como «satisfacción de las necesidades humanas»? Es evidente que andamos en círculos manipulando unas cuantas evidencias falsas: «producción suficiente», «abundancia para todos», «satisfacción de las necesidades» ... No es la «necesidad» la que constituye la sociedad de clases, sino la sociedad de clases la que constituye la «necesidad»; no es la posibilidad de la abundancia para todos la que permite el comunismo, sino la producción del comunismo la que define, no de manera cuantitativa sino social, la abundancia, al convertir la producción de las relaciones entre individuos en tanto individuos en medio y fin de toda actividad superando las categorías del tener. Y, por tanto, superando inmediatamente las nociones de trabajo necesario y de plustrabajo.

La cuestión de los orígenes de la sociedad de clases remite a un pensamiento mítico que, tras haber postulado una naturaleza humana abstracta —en realidad el individuo de la sociedad burguesa y a veces incluso el individuo imaginado del comunismo—, pretende saber por qué ese ser humano produjo la alienación, es decir, que se pregunta por qué ha habido historia e intenta demostrar su necesidad. Este enfoque no puede, pues, tener como punto de partida sino aquello que se plantea como lo contrario del hombre y de la historia: la naturaleza, la necesidad natural. El hombre, por un lado (con su esencia personal de ser genérico), y la naturaleza por otro; la historia puede comenzar entonces como una ontogénesis. Ni siquiera se trata de filosofía, sino de un relato mítico (*cf.* Bruno Astarian, « Le dépassement du travail » —de próxima publicación— Ed. Senonevero, BP 2362, 13218 Marsella Cedex O2).

Es la división de la sociedad en clases la que crea la noción histórica y no natural de necesidad o de escasez, siempre en relación con una época histórica particular y no con unas necesidades humanas indefinibles como tales (lo mismo que su satisfacción). Son estas sociedades de clases anteriores al capital las que conservan su reproducción mediante el consumo ostentoso de la riqueza o su enterramiento (en sentido literal), o invirtiendo cantidades exorbitantes del tiempo de trabajo global de la sociedad en empresas faraónicas. Es en el seno de relaciones de clase donde el trabajo crea, por un lado, miseria para sí mismo, escasez y necesidad, y frente a él, la riqueza. No son la miseria, la escasez o la necesidad las que preexisten a las relaciones de clases y las producen.

Si tuviéramos que admitir que el origen de las sociedades de clases reside en la escasez o en la necesidad de socializar la naturaleza mediante el trabajo humano a través de la imposición del plustrabajo, que al convertir esta naturaleza en propiedad de otro hombre opuesto al trabajador confiere a aquel un estatus social (lo que representa otra forma de considerar el desarrollo de las fuerzas productivas como una necesidad inherente a la naturaleza humana, tendencia que recorre toda la historia), tendríamos

que admitir una situación paradójica, por no decir imposible. El colmo de la necesidad sería la situación en la que el trabajo necesario para el productor y su familia, o para cualquier comunidad de productores, absorbe todo su tiempo disponible. ¿De dónde obtendría la forma de trabajar gratuitamente para otro? Sin un cierto nivel de productividad del trabajo, no hay tiempo libre, trabajo excedente ni capitalistas, pero tampoco esclavistas ni señores feudales. Por tanto, para ver emerger una sociedad de clases es necesario que la «escasez» y la «necesidad» naturales ya hayan sido superadas, por lo que no pueden estar *en el origen* de esa división (si queremos hablar como en los mitos). La sociedad de clases sólo puede surgir a partir del momento en que el trabajo ha adquirido una «cierta» productividad, pero no se trata de una cualidad oculta del trabajo que lo impulsaría siempre a aumentar su productividad, de una productividad innata. Esta capacidad de superar el trabajo necesario y, por tanto, de producir plustrabajo, esa «cierta» productividad, no constituye ella misma un criterio cuantitativo, una especie de grado a alcanzar en una escala de la productividad del trabajo; está determinada por el carácter individual y social del trabajo. La no coincidencia entre la actividad individual y la actividad de la comunidad no tiene que ser explicada, sino considerada por el comunismo como el estado normal de la humanidad; es el acicate real, social, del crecimiento de la productividad del trabajo. Por tanto, esta capacidad de elevarse por encima del trabajo necesario está determinada por esta no coincidencia, por el carácter individual y social del trabajo, por la división del trabajo resultante, es decir, por la capacidad de una fracción de la sociedad encargada de la reproducción social del trabajo de la colectividad (apropiación de las condiciones generales de la naturaleza, defensa frente a otras comunidades...) de producir las nociones mismas de trabajo necesario y plustrabajo y de fijarlas cuantitativamente. «Sin que se haya alcanzado cierto grado de productividad en el trabajo no habrá tal tiempo disponible para el trabajador: sin ese tiempo sobrante no habrá plustrabajo ni, por tanto, clase capitalista alguna.» (Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, p. 620). No basta con decir que la productividad del trabajo es la causa del plustrabajo; no se trata de una cualidad oculta, inherente, como un germen que existiera dentro del trabajo; para que de ésta (la productividad) se pase a éste (el plustrabajo), todavía hace falta que la división de la sociedad esté ya lo bastante avanzada como para que el trabajo del productor se escinda en trabajo necesario y plustrabajo. «... entonces, y sólo entonces, se producen condiciones bajo las cuales el plustrabajo del uno puede convertirse en fuente de vida para el otro, y ello nunca ocurre *sin la ayuda de la fuerza* que somete el uno al otro.» (*ibíd.*, p. 621). Hace falta, por tanto, que la división de la sociedad esté ya avanzada, que el trabajo de cada cual esté ya escindido en trabajo individual y social, y que en tanto trabajo social haya adquirido una forma separada del trabajador individual. Pero esta separación no tiene origen, ni conceptual, ni histórico (cronológico); la búsqueda del origen consiste siempre en postular una *realidad una* que no estuviera ya dividida. Es decir, a buscar la comprensión no de la historia, sino de algo anterior a ésta, ya se considere ese algo como una abstracción o como una realidad histórica; entonces ya sólo queda por convertir cada hecho histórico, cada período, en la fórmula original escogida. «Es que el señor Lange ha hecho un gran descubrimiento. Toda esta historia debe ser subordinada a una gran ley natural. Dicha ley de la

naturaleza es la FRASE HUECA (la expresión de Darwin así empleada se convierte en una simple frase) “*struggle for life*” [la lucha por la vida, el contenido de esta frase, es la ley malthusiana de la población, o *rather* [más bien] del exceso de población. En lugar pues de analizar la “*struggle for life*”, tal como se manifiesta en las diversas formas sociales determinadas, no se encuentra nada mejor que hacer, que convertir cada ludia concreta en la frase: “*struggle for life*” y remplazar dicha frase con las “elucubraciones malthusianas sobre la población”. Es preciso confesar que ese es un método muy penetrante... para la ignorancia y la pereza de espíritu pretencioso, suficiente y que presume de científico...» (Marx, *Cartas a Kugelmann*, junio de 1870, [Editorial de Ciencias Sociales de La Habana, pp. 181-182]).

Si el comunismo transforma y supera esta división del trabajo como actividad individual y social, y si toda la historia pasada como historia de la lucha de clases es la historia de esta división, no por eso tiene ésta que desembocar en esa superación, ni esa historia escindirse en el interior de sí misma: en sí misma como principio (la socialización de la naturaleza o el desarrollo de las fuerzas productivas) o abstracción, y en sí misma como historia concreta. Esa división no es la razón de ser de su propia historia, lo que significa que en sí misma no es portadora de su superación como una cualidad oculta que desplegase como historia hasta llegar al comunismo. Al desarrollo histórico se lo presenta como algo misterioso cuando se intenta explicarlo paradójicamente, dar cuenta de él, mediante el despliegue de una cualidad «oculta», de una potencialidad originaria. No son la naturaleza del trabajo o una compulsión a desarrollar las fuerzas productivas las que producen y constituyen el principio de la división de la sociedad, sino la división de la sociedad que tenemos de entrada y de la que partimos. Presentada bajo su forma más general, esa división no es a su vez más que una de esas generalidades de las que Marx nos dice en la *Introducción de 1857* que no sirven más que para evitar la repetición; sólo el trabajo de conceptualización supera esas generalidades mediante la apropiación del conjunto de sus determinaciones, que produce los conceptos como concreción del pensamiento, es decir, como las formas históricas determinadas de esa división.

La continuación del texto de PI introduce una distinción bastante especiosa entre tiempo de trabajo necesario en el proceso de producción y dentro del proceso general de reproducción de la sociedad. Distinción especiosa, no cuando se pretende convertirlos en características de un período del modo de producción capitalista, sino cuando se los pretende cuantificar. Para PI, en el siglo XIX, los progresos de la productividad presuntamente permitieron una disminución del tiempo de trabajo en los dos ámbitos. En el siglo XX, el tiempo de trabajo presuntamente continuó disminuyendo en el proceso de producción, pero su incremento en el proceso de reproducción habría compensado de sobra esa disminución a través de las deducciones realizadas por el Estado sobre el plusvalor para asegurar el mantenimiento del orden social: «Este incremento considerable del tiempo de trabajo necesario para el mantenimiento del orden social capitalista (...) ha impedido toda reducción sustancial del tiempo de trabajo de la clase obrera en el curso de este siglo, a despecho del enorme aumento de la productividad del trabajo.» (pp. 14-15).

Simplemente bastaría con recordar que, si el capital reduce el tiempo de trabajo necesario, no es para transformarlo en tiempo libre para el obrero, de lo que se sigue que la reducción del tiempo de trabajo no puede admitirse como un criterio de fase «ascendente» o «decadente» del capitalismo. Incluso si los gastos improductivos, que consumen plusvalor, no hubiesen aumentado, la reducción del tiempo de trabajo necesario no implica ninguna necesidad de que se plasma en una disminución del tiempo de trabajo. En el siglo xx el «compromiso» se desarrolló de otra manera y tuvo otro contenido, al margen de la disminución —en cualquier caso, importante— del tiempo de trabajo ligado a las modalidades y a la intensidad del trabajo concreto. El «compromiso» se efectuó en torno a lo que se denomina habitualmente «el aumento del nivel de vida», que no es más que la modificación de las normas de consumo cuando la reproducción de la fuerza de trabajo queda integrada en el ciclo propio del capital (la pequeña circulación). A continuación, donde carecemos de criterios cuantitativos es para definir si: tiempo de trabajo necesario + sangría improductiva para la reproducción de la sociedad en el siglo xix < tiempo de trabajo necesario + sangría improductiva en el siglo xx. Si admitimos que en el siglo xx el primero disminuye y la segunda aumenta, para decir que hay «decadencia» sería preciso que la suma de los dos fuese superior a la suma de los dos en el siglo xix; en efecto, sólo con esa condición la masa del plusvalor destinada a la inversión será, en proporción con el trabajo necesario y la masa de plusvalor consumida improductivamente, inferior a lo que podía ser en el siglo xix. Ese constituye el único criterio, pues en absoluto pueden considerarse como referencia las consecuencias de la reducción del tiempo de trabajo necesario para el obrero.

El crecimiento del trabajo improductivo está incluido en la transición de la producción de plusvalor bajo absoluto a la producción de plusvalor relativo, cosa que el texto de PI [Perspective Internationaliste/Internationalist Perspective], en su comparación estrictamente cuantitativa (aunque sin criterio ni puntos de referencia), no tiene en cuenta para nada. Esa transición trastorna todas las relaciones de producción. Se trata de la integración de la reproducción tanto inmediata como social y generacional de la fuerza de trabajo en el capital; también se trata de la integración de la circulación del dinero y de las mercancías en el proceso del capital. Para hacer la comparación entre los dos períodos, habría que introducir el tiempo de trabajo de la empresa que, en el siglo xix, escapaba a la circulación del capital y, por tanto, no era fuente de plusvalía para éste. También sería necesario, en el siglo xx, introducir la ciencia, no sólo como fuerza productiva inmediata, sino también como gasto improductivo en tanto generalización de la educación. Finalmente, vemos que establecer puntos de referencia cuantitativos es, en el mejor de los casos, una utopía y, en el peor, una chapuza.

El texto de PI concluye que «este progreso de la productividad se ve aniquilado por la conservación del orden capitalista, que demuestra así su carácter reaccionario en nuestra época. (...) Este desarrollo, por tanto, deja de constituir una justificación histórica para el mantenimiento del capital.» Ni el desarrollo de las fuerzas productivas constituye una justificación histórica del capital, ni su ralentización una demostración de su carácter reaccionario. La «justificación» o significación histórica del capital no reside en el desarrollo de las fuerzas productivas considerado en sí mismo, sino en lo que este desarrollo supone como capacidad del capital de suprimir el tiempo de trabajo

como fuente y medida de la riqueza social. Es decir, que la significación histórica del capital reside en la capacidad de ese desarrollo de constituir para el capital una respuesta adecuada a la contradicción que lo opone al proletariado. En este sentido, cuanto más éxito tiene en este desarrollo, más conserva «el orden capitalista», y más se justifica históricamente a sí mismo contra el comunismo. El desarrollo de las fuerzas productivas no es un curso objetivo que el capital estimule en un período y obstaculice en otro; este desarrollo siempre se define cualitativamente, no sólo mediante la forma misma de esas fuerzas productivas, sino en sí mismo como supresión del trabajo. Este progreso de la productividad es siempre «reaccionario» y «contrarrevolucionario»; siempre es «la justificación del capitalismo»; no se ha convertido en tal durante el siglo xx. Siempre «reaccionario», y siempre significación histórica y justificación del capital, no en relación con un curso general de la historia dentro del cual tendría que justificarse desarrollando las fuerzas productivas, sino con respecto al proletariado, es decir, contra él.

Que, hoy en día, «la conservación del orden capitalista» aniquile el progreso de la productividad no está nada claro. ¿De qué se trata (nunca se especifica en el texto)? ¿Del ejército, de la policía, del Estado del bienestar, de los servicios, del tráfico...? Los servicios, los gastos de circulación, se desarrollan con la masa de la producción; sin embargo, el plusvalor no aumenta en proporción con esa masa, de lo que se sigue que los servicios y los gastos de circulación pueden crecer proporcionalmente más rápido que el plusvalor y, por tanto, gravarlo cada vez más. No obstante, en la actualidad es en estos sectores donde el ahorro en tiempo de trabajo y en valor de la fuerza de trabajo es mayor. El Estado de bienestar no es, en lo fundamental, una sangría de plusvalor, sino un salario diferido; lo que está en juego es la reproducción social del valor de la fuerza de trabajo. En la actualidad violentamente esa parte del valor de la fuerza de trabajo está siendo atacada, lo que incrementa el plusvalor de forma absoluta. ¿Está aumentando proporcionalmente el gasto en el ejército y la policía? No es evidente.

En realidad, el texto extrapola la situación de crisis de finales de la década de 1960/principios de la de 1970 (con sus características específicas de una fase histórica del capital bajo la subsunción real) a una tendencia intrínseca al modo de producción capitalista. Es cierto, y es una tendencia histórica, que la extracción de plusvalor relativo determina un aumento de los gastos improductivos, pero no hay ninguna ley que determine que ese aumento aniquile el crecimiento del plusvalor. El texto convierte una tendencia de fondo del capitalismo que, en un período de crisis, revela la ralentización de los incrementos de productividad, en la causa misma de esa ralentización e incluso de su desaparición. Todo ello porque tiene que conservar el corte fundamental entre el desarrollo de las fuerzas productivas, planteado como una fatalidad objetiva, un curso ciego de la humanidad liberándose de la necesidad, y las relaciones sociales en cuyo seno se desarrollan esas fuerzas productivas.

Proseguimos estas notas críticas sobre el objetivismo y la teoría de la decadencia con un comentario del artículo siguiente del mismo n° de PI (p. 16), que es una reseña del libro de Claude Bitot: El comunismo no ha empezado todavía (Ediciones Espartaco Internacional).

Para Bitot, hasta 1914, «las condiciones objetivas» aún no estaban maduras para la revolución socialista; a continuación, en el curso del siglo xx, la ausencia de revolución se debe a la inmadurez de esas condiciones objetivas, hasta llegar a la «crisis irreversible» de los años setenta. Encontramos ahí toda la problemática de base del objetivismo: separación entre condiciones de la revolución y naturaleza revolucionaria del proletariado, ausencia de definición de la contradicción entre proletariado y capital, así como de comprensión del curso del modo de producción como movimiento de esta contradicción, ausencia de una historización de la revolución y del comunismo, e imposibilidad de la revolución planteada en relación con una norma de la revolución.

Para PI: ausencia de revolución debido a la inmadurez de las condiciones subjetivas; con «la decadencia» (desde los años 20) todo está objetivamente listo. El punto de vista es el inverso, pero la problemática es la misma.

A partir de ahí, se desarrolla la oposición entre ambos en torno a algunos aspectos históricos. Respecto del análisis de las dos guerras mundiales. Para PI: momentos de crisis del sistema convertido en una traba para el desarrollo de la humanidad (léase: para las fuerzas productivas). Para Bitot: momentos de crisis de crecimiento del sistema. Lo que tiene por consecuencia que, para Bitot, que rechaza la noción de decadencia, la revolución rusa fuese voluntarista y utópica.

Nos ocuparemos más bien de la crítica de las posiciones de PI en la medida en que, de manera muy natural, son las más desarrolladas en este artículo de su revista.

La noción de decadencia que defiende PI sólo está ahí para perpetuar políticamente las formas programáticas de la revolución. La subsunción real del trabajo bajo el capital (el modo de producción específicamente capitalista) no es una verdadera reestructuración de la relación entre el proletariado y el capital; no es más que una incongruencia, ya que, para la revolución, todo está ya listo. No obstante, en la medida en que continúa sucediendo algo, ese algo será denominado «decadencia». La «justificación económica», que habíamos abordado antes, no aparece más que a posteriori y puede adoptar toda clase de formas, con toda clase de florituras o de adornos.

Para PI, si aún no ha habido revolución, es porque existe un desfase entre la madurez de las condiciones objetivas y la de las condiciones subjetivas, puesto que, en la revolución comunista, por vez primera en una revolución histórica, el factor subjetivo es determinante. Hasta tal punto que la revolución no ha tenido lugar y el capitalismo continúa desarrollando las fuerzas productivas; la «decadencia» no puede definirse totalmente mediante criterios cuantitativos (sería más exacto decir que son las propias fuerzas productivas las que no pueden definirse cuantitativamente). «Lo que nos parece determinante es el hecho de que, desde comienzos de este siglo, el desarrollo de las fuerzas productivas no puede ser caracterizado de forma unilateral como un progreso para la humanidad. (...) la producción se consagra a mercancías inútiles (...) cuando no potencialmente destructivas para la humanidad (...) el desarrollo de las fuerzas productivas va de la mano de la miseria (...) este cambio data de comienzos de siglo.» (p.

¿Acaso no era ya así durante el siglo XIX? En cualquier caso, ese no es el problema. Toda la problemática de PI consiste en situar el modo de producción capitalista en una *línea de progreso*. Se ajusta a esa línea y luego se opone a ella, pero más allá del curso del modo de producción hay una especie de tendencia neutra. ¿Cuáles son los criterios de progreso para la humanidad? El capitalismo siempre ha desarrollado las fuerzas productivas por medio de crisis y guerras; las mismas exigencias que impulsan a aumentar la productividad producen crisis y guerras. Riqueza por un lado y miseria por el otro; esa ha sido siempre la ley de la acumulación capitalista. El capitalismo no es el envoltorio del progreso de la humanidad en un momento dado. ¿Alguna vez se ha considerado, aunque fuera unilateralmente, que el capitalismo garantizaba el progreso de la humanidad? En lo que respecta al siglo XIX, esa posición equivale a darle la razón a las posiciones más reformistas de la socialdemocracia. Muy listo será el que logre distinguir entre bienes útiles e inútiles, o entre necesidades reales y falsas. Todo esto remite a una esencia humana.

A partir de la base general que le proporciona su concepción de la «decadencia», PI critica el análisis de la crisis de 1929 desarrollado por Bitot. Para éste, esa crisis se superó gracias al desarrollo del consumo de masas compensado por los incrementos de productividad. La crítica de PI es un poco apresurada: «desarrollar el poder de consumo de la clase obrera aumentando los salarios no significa otra cosa que aumentar el trabajo pagado (el salario) en detrimento del trabajo no pagado (el beneficio). Mal se ve cómo eso podría resolver la crisis del beneficio.» (p. 18) Lo que PI no tiene en cuenta es el incremento de la productividad que permite el aumento simultáneo de los salarios y del plusvalor (caso contemplado por Marx en *El Capital*). A ese respecto, el error de la escuela regulacionista consiste en definir eso como un compromiso y no como una transición a la subsunción real del trabajo bajo el capital (plusvalor relativo): integración en el capital de la reproducción de la fuerza de trabajo, definición de las normas de consumo por el capital, socialización de la reproducción colectiva de la fuerza de trabajo. El capital no comparte los incrementos de productividad con la clase obrera; se produce una redefinición conflictiva, a través de la lucha de clases, del componente histórico del valor de la fuerza de trabajo.

En lo fundamental, la visión de Bitot es más «correcta» que la de PI, para quien lo que permitió el relanzamiento de la maquinaria económica fueron las grandes obras. De entrada, PI sólo ve el aspecto espectacular del New Deal, y deja en la sombra el enorme trabajo legislativo en torno al valor y la reproducción de la fuerza de trabajo, así como sobre las modalidades de su fijación. A continuación, el relanzamiento del New Deal fracasó y sólo las transformaciones estructurales en la definición del valor de la fuerza de trabajo, durante la posguerra (es decir, tras una enorme desvalorización de capital) hicieron que la máquina realmente volviera a funcionar. PI confunde las medidas de relanzamiento y la reestructuración. En cualquier caso, debido a su problemática básica, PI es incapaz de abordar la noción de reestructuración. Para ellos, el ciclo del capital desde principios del siglo XX está marcado por el retorno «crisis-guerra-revolución». La reestructuración no podría ser más que un retorno a lo idéntico, un retorno de lo mismo. Con todo, hacer desaparecer la subsunción real del trabajo bajo el capital es extraordinario y da que pensar.

Página 18: PI termina por criticar la concepción de la crisis actual según Bitot. Para este último, se trata de una crisis de la rentabilidad, puesto que el aumento de la productividad ya no basta para compensar los aumentos de salarios (en *L'entreprise efficace* —ed. Syros—, Guillaume Duval demuestra exactamente lo contrario de forma bastante convincente). PI responde que en ese caso no puede tratarse de la crisis final. En efecto, bastaría con hacer presión sobre los salarios y el empleo, cosa que es exacta y es lo que hace la burguesía. Pero PI no dice en qué es final para ellos la crisis, salvo para repetir que desde el comienzo del siglo la crisis es final y que se espera la maduración del factor subjetivo.

Ninguna crisis es, en sí misma, en «términos económicos», una crisis final. La verdadera pregunta es: ¿cuáles son, en esta crisis, la estructura histórica y el contenido de la contradicción entre proletariado y capital, sabiendo perfectamente que los ejes según los cuales se modula, en cada crisis, la caída de la tasa de beneficio, pertenecen a y definen esta estructuración de la contradicción? De hecho, la crisis nunca es, estrictamente hablando, una crisis económica. La economía es a la vez una abstracción necesaria del análisis de la lucha de clases y una realidad de ésta como acción de la burguesía: reducir la reproducción del capital y la situación recíproca de las clases dentro de esta reproducción a su apariencia de destino en el seno de la autopresuposición del capital. Una enorme tarea pendiente sería definir los ejes en torno a los cuales se modula la tendencia a la caída de la tasa de beneficio en la fase actual del modo de producción capitalista.

En la situación actual, a PI le resulta muy fastidioso definir el curso a la guerra, necesario para su visión repetitiva del ciclo: «crisis-guerra-reconstrucción». Por una parte, es asombroso que no evoquen la multiplicidad y la continuidad de las situaciones de guerra desde 1945, así como la desvalorización de capital que constituyeron para Estados Unidos y la URSS la carrera armamentística y la conquista del espacio. Por otra parte, para salvar la perspectiva, hacen como si la guerra hubiera tenido lugar: «Los Estados Unidos pudieron, en consecuencia, establecer su hegemonía sobre el conjunto del planeta sin tener que comprometerse en una guerra.» (p. 19). Eso equivale a olvidar que lo que cuenta en una guerra, tanto como su resultado, es la guerra misma como destrucción-desvalorización, sobre todo cuando se defiende una teoría en la que una de las determinaciones esenciales es el ciclo «crisis-guerra-reconstrucción». Tal vez sea posible considerar la desvalorización del capital en la antigua URSS y en Europa oriental como sucedáneo o equivalente de esa destrucción bélica. Tanto más cuanto que esa desvalorización fue deliberadamente programada e impuesta desde principios de la década de 1990, a través de una política europea y estadounidense que impidió a los capitales de esas zonas utilizar las pocas ventajas comparativas de las que disponían.

Por último, la crítica del libro de Bitot aborda la oleada revolucionaria 1917-1923. Según PI, Bitot califica la toma del poder por el proletariado de voluntarista y de utópica. «Entonces, ¿qué es lo que habría que haber hecho en Rusia?», pregunta PI, calificando la posición de Bitot (no sin razón) de «tentativa de racionalización a posteriori» del fracaso de la oleada revolucionaria de comienzos de siglo. Para PI, las condiciones que hacían posible la revolución estaban reunidas a nivel internacional, como lo atestigua la sucesión de movimientos insurreccionales de los distintos países.

Para Bitot, la revolución era utópica porque el capital estaba en plena fase de expansión. A la inversa, para PI, la decadencia había comenzado, pero la debilidad numérica, la ideología burguesa, la división entre vencedores y vencidos y la falta de experiencia del proletariado hacían muy probable la derrota.

Son la revolución y el comunismo los que habría que historizar. La auténtica cuestión es la de definir cuál era la naturaleza de la revolución comunista en el marco de esa oleada de 1917-1923: el programatismo, pero el programatismo durante el período de la transición a la subsunción real del trabajo bajo el capital (*cf.* todo el dossier sobre la ultraizquierda en TC 14). La derrota expresa los límites de la revolución y la reestructuración del capital en torno a esos límites contra la revolución. Trátese de PI o de Bitot, siempre resulta asombroso ver cómo en este tipo de análisis se yuxtaponen, por un lado, un capital que tiene una historia, que evoluciona, y que modifica sus modos de valorización, y por el otro, un proletariado y una revolución que, por su parte, permanecen invariables en su contradicción con el capital. En cuanto a la historia de la contradicción, no existe, en la medida en que no es comprendida más que como el encuentro de dos sustancias definidas con antelación a su encuentro.

Lo que constituyó esa oleada revolucionaria fue la revolución como afirmación del trabajo y erección del proletariado en clase dominante y polo absoluto de la sociedad, en tanto necesidad de un período de transición, en tanto desarrollo del trabajo productivo y dominación de la ley del valor, y definió al mismo tiempo sus límites, es decir, su naturaleza programática, y su derrota mediante la reestructuración del capital (y no la «reconstrucción»).

PI tiene razón en criticar el hiper-determinismo de Bitot, en el sentido de que transforma el curso de la revolución en un proceso de autodestrucción del capital al que el proletariado no hace sino poner término en tanto clase sufriente, cosa que confirma Bitot mediante su espera del advenimiento de una situación de pauperización absoluta de la clase tal que ésta no podrá sino reaccionar. ¿Para hacer qué? ¿Por qué tendría producir el comunismo esta reacción? En ningún momento sostiene teóricamente Bitot el vínculo capitalismo-proletariado-curso de la lucha de clases-revolución-comunismo. A la inversa, la espera de la conciencia de clase por parte de PI, da mucho que pensar. La visión abstracta de Bitot, puramente económica y objetivista, que determina la existencia de una crisis económica final del capitalismo, deja naturalmente de lado la comprensión de la historia del modo de producción capitalista como contradicción entre el proletariado y el capital, en tanto productora y definitoria, como lucha de clases, de su superación y su contenido. Pero cabe mostrarse escépticos ante la capacidad de PI, como ellos contemplan, para producir una «teoría marxista» del capitalismo en el siglo xx, utilizando el concepto de «paso de la dominación formal a la dominación real». Su problemática de la «ascendencia/decadencia» les veda el acceso a todo enfoque realmente histórico (la actividad de los hombres como productora de lo nuevo), así como a la posibilidad de producir conceptos como los de reestructuración o de ciclo de luchas. Al esclerotizar el programatismo como forma definitiva de la revolución, es imposible que puedan producir una historia de la contradicción entre el proletariado y el capital, cosa que no puede sino ser una «teoría marxista» del capitalismo en el siglo xx.

El último texto de este nº 29 de Perspective Internationaliste, sobre el que versan estas notas críticas, es una respuesta a Théo Sander (p. 21) sobre «La economía en la revolución rusa». Procuraremos ceñirnos a los ejes críticos de la «decadencia» y del objetivismo.

PI se declara de acuerdo con la afirmación de Sander según la cual: «Unos revolucionarios más claros (que los bolcheviques tras la toma del poder) habrían tenido el mérito de no caracterizar su gestión económica de “socialista”, lo que habría permitido ahorrarle al mundo un montón de confusiones y de mistificaciones.» Al margen del carácter idealista, francamente pasmoso, de semejante afirmación, requiere dos observaciones para empezar. En primer lugar, eso no habría permitido nada en absoluto, aun cuando se la hubiera calificado con todas las letras de «capitalista»; se habría proclamado que «ese» capitalismo era el proceso mismo de la revolución, porque era un capitalismo sometido a la dirección del partido comunista y, por tanto, el socialismo en actos planteado como necesidad y potencialidad (*cf.* Bordiga). En segundo lugar, una lectura sería mostraría que esa caracterización de su gestión por parte de los bolcheviques no es tan evidente como dice Sander. Basta con leer todos los escritos de Bordiga sobre la cuestión. Hay que descifrar atentamente las obras de Lenin para refutar la demostración de Bordiga (según la cual, a partir de 1917, los bolcheviques no pretendían otra cosa que desarrollar el capitalismo; no nos ocuparemos aquí de su creencia en la posibilidad de que pueda existir un poder comunista apoyado sobre unas relaciones de producción capitalistas) de otra forma que sacando a relucir unas cuantas citas. Sobre todo, hay que volver a situar esa caracterización en el contexto, muy rápidamente cambiante, de la lucha de clases en Rusia después de 1917: proletariado/tecnocracia y burocracia zaristas/terratenientes/burguesía industrial: burguesía ligada al antiguo poder...), y del enfrentamiento entre Rusia y las demás potencias capitalistas.

Leer a Lenin es apasionante; siempre dice francamente lo que hace. En él vemos cómo, de manera lógica, inmanente e implacable, el programatismo desborda (se convierte en) la gestión del capital y se invierte en contrarrevolución, contra la afirmación autónoma de la clase que constituye su propia razón de ser. Podemos ver cómo se desdobra en esa afirmación autónoma y en esa gestión del capital hasta llegar a la contradicción y confrontación entre sus dos términos y la polarización de éstos en fuerzas históricas distintas. Pasamos del reformismo interno al desarrollo del capital como ascenso de la clase, a la asunción de ese desarrollo capitalista como construcción de las bases del socialismo. Para Lenin, el corte entre estas dos funciones del reformismo es esencial, fundacional. En vano se buscará aquello que opone a Lenin al programatismo clásico; es en este tipo de trabajo y de crítica donde «patinó» durante largo tiempo la ultraizquierda, sin poder reconocer que se trata de una evolución necesaria del programatismo y de su imposibilidad interna (imposibilidad de la afirmación del proletariado); la visión revolucionaria de Lenin en relación con el reformismo clásico de la Segunda Internacional, y que lo fundamenta a oponer la construcción de las bases del socialismo por el proletariado a la simple participación en o el estímulo a ese desarrollo capitalista, consiste en su forma de plantear el paralelismo

entre revolución burguesa y revolución proletaria. En la revolución proletaria, el proletariado no ha podido desarrollar previamente en la vieja sociedad las bases de su dominación, pero *constituye él mismo esa base*. Y ello, no sólo a través de su fuerza numérica y su autoafirmación, sino también porque representa, por sus condiciones de existencia, todas las conquistas del período anterior de la historia: desarrollo de las fuerzas productivas, disciplina, organización, centralización de la producción, gran industria, trabajo obligatorio y gratuito (trabajo gratuito al que Lenin concede, en sus declaraciones sobre los «domingos comunistas», la máxima importancia: «la única manifestación del comunismo en la revolución rusa»).

Así pues, para PI, corrigiendo a Sander, «el fracaso» de la revolución rusa no se debe a la naturaleza misma de la revolución, tal como se presentó en el siglo XIX y comienzos del XX, hasta llegar al período 1917-1923, sino a los «errores del joven partido bolchevique», influenciado todavía por la socialdemocracia. Es cuando menos un tanto superficial. Esa «juventud» les habría llevado a privilegiar las «tareas inmediatas» frente a las «perspectivas históricas globales», ¡Ah, la obcecación y el ímpetu de la juventud! Al preferir las «tareas inmediatas», habrían sentado las bases del capitalismo de Estado en lugar de las del socialismo, «manteniendo las estructuras existentes». (p. 22). ¡Qué lástima que Lenin no tuviese la serena clarividencia de Sander!

En la cuestión de los errores de los bolcheviques, al igual que en la cuestión de saber si la burocracia es una clase (cosa que PI reconoce), lo que está en juego es siempre la concepción de la revolución. Si los bolcheviques cometieron «errores de juventud» (o si la burocracia no es una clase), eso significa que puede haber un período de transición, que cabe la posibilidad de un desarrollo obrero de las categorías del capital en la «dirección histórica global de su desaparición», e incluso del capital: acumulación, plusvalor, trabajo asalariado. La burocracia (no-clase) y los errores serían en ese caso sólo una monstruosa desviación de esa posibilidad de la clase obrera de dominar el capital. En cambio, si la burocracia es una clase, y si los «errores» no lo son, sino el desarrollo implacable de la revolución programática, eso significa que no hay período de transición posible, y que es imposible que la clase obrera domine un período de desarrollo sobre la base de las categorías del capital, porque eso significa que esas categorías producen forzosamente por sí mismas la escisión de la sociedad en clases distintas.

Toda la argumentación de PI está construida sobre el modelo: los bolcheviques se equivocaron, optaron por las posiciones equivocadas. Nunca se suscita el porqué de esas «opciones», y sobre todo por el hecho de que fueron los únicos, con sus opciones (y sus «errores») que pudieron tomar la dirección del movimiento revolucionario y representarlo haciéndolo engendrar su contrarrevolución. La crítica sigue siendo una crítica ideológica.

Para mantener la necesidad del período de transición en la actualidad, PI se apoya en el nivel de desarrollo capitalista en el momento de la revolución futura. Para Sander, según PI, el período de transición quedaría escamoteado en la medida en que el problema no consistirá más que en una «reorientación de las fuerzas productivas». «Sander nos presenta un capitalismo que vendría a ser un fruto maduro listo para ser

recogido. A pesar del enorme desarrollo de las fuerzas productivas, el capitalismo decadente ha creado una escasez relativa, así como una situación de desequilibrio tal en la gestión del medio ambiente y las riquezas naturales, que la revolución futura probablemente tendrá mucho más que hacer que simplemente “reorientar” la producción.» (p. 23)

La cuestión del período de transición se articula aquí con las de la decadencia, el desarrollo de las fuerzas productivas y la satisfacción de las necesidades humanas. La revolución trastorna este orden cuantitativo de los criterios. Si nos atenemos, en lo que concierne a las necesidades humanas, al criterio exclusivamente cuantificable, es decir, al número de calorías por día necesarias para un ser humano, en el transcurso de la revolución eso se podría lograr en todas partes del mundo, simplemente mediante la abolición de las clases y la extinción de los conflictos. El pensamiento del período de transición funciona siempre al revés; plantea el desarrollo de la producción (o su «reorientación») como el requisito previo para la supresión de las clases y el desarrollo de «la abundancia», siempre circunscrita esta última por las normas fijadas en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Son las nuevas relaciones sociales *producidas mediante la revolución* las que constituyen la definición misma de la «abundancia», si se quiere continuar empleando ese término. Ésta queda definida por lo que significa producir y por lo que se produce, no por la cantidad de lo que se produce, de igual forma que en el modo de producción capitalista el principal resultado de la producción es la sociedad misma (es muy probable que en el comunismo «la abundancia» sea bastante modesta en comparación con los criterios capitalistas).

En el capital, la sociedad, como principal resultado de la producción, es subsumida bajo el polo capital que, como relación social, es necesariamente objeto. En el modo de producción capitalista, la objetividad es la forma de reproducir la relación social fundamental que es el capital, frente a la subjetividad de la actividad, que le está subordinada y que como tal, es el otro término del modo de producción o del proceso de producción. La abolición de las clases significa tanto la abolición de la actividad como subjetividad, como de su producto en tanto objetividad frente a ella. La abundancia creada por la revolución comunista no pertenece al dominio del tener, sino al del estar juntos, al de la comunidad. Lo que se produce mediante el movimiento mismo de la revolución es la desobjetivación práctica del mundo.

Todos los problemas que, para IP, debe resolver el período de transición antes de que se pueda acceder al comunismo, son muy reales y no se resolverán con un toque de varita mágica. El comunismo no es el fin de la historia; tiene problemas que resolver heredados del modo de producción capitalista y tal vez, en esta ocasión de ruptura con toda la historia anterior de la alienación, problemas heredados de los modos de producción anteriores (la cuestión merece ser planteada). Planteará él mismo sus propios problemas, generará antagonismos y dinámicas, y esos problemas y esas dinámicas tendrán que ver con la tendencia a la autonomización de la comunidad en la medida en que la inmediatez social del individuo es un conjunto de relaciones y no una esencia intrínseca a cada individuo. Pero sean cuales sean esos problemas, los que herede o los suyos propios, funcionará *desde el principio sobre sus propias bases*, o de lo contrario no será. Con la revolución, queda abolida toda determinación social previa

como compulsión a reproducir (la pertenencia de clase), toda presuposición anterior a reproducir previa a las relaciones que los individuos, en tanto individuos, definan entre sí, al mismo tiempo que definen sus necesidades, la satisfacción de éstas y las modalidades de esa satisfacción.

En el enfoque de PI, la verdadera razón del mantenimiento de la perspectiva del período de transición no está arraigada en los problemas a resolver después de la revolución, sino en la concepción misma de la revolución, que sigue siendo la de la afirmación de la clase, y la de la liberación del trabajo y de las fuerzas productivas. Una vez planteada así la revolución, hay que resolver los problemas que el capitalismo había dejado en suspenso, pues se ha planteado como fundamento que la revolución era liberación de algo refrenado dentro del capitalismo. Una vez liberado, ese algo (trabajo, fuerzas productivas) debe, por tanto, «en un primer tiempo», realizar aquello que tenía vedado. En tal caso no se puede sino tener que resolver, «en un primer tiempo» (pero no vemos cómo se pasará al segundo), los problemas dejados en suspenso por el capitalismo. En realidad, la mayoría de las cuestiones que se contempla resolver durante el período de transición no son otra cosa que las «medidas comunistas» (*cf.* TC n° 3) que los proletarios revolucionarios tendrán que tomar en el curso de la revolución, en la medida en que ésta última no es el comunismo contra el capital, sino la producción del comunismo mediada por su oposición real al capital, empírica e incluso táctica, en el marco de la revolución.

(trad. F. Corriente)